

ROSARIO ANA

# NIKA

Y EL MISTERIO DEL  
BOSQUE DE VIOLET HILL



DESTINO

# LOS MISTERIOS de NIKA

## NIKA Y EL MISTERIO DEL BOSQUE DE VIOLET HILL

ROSARIO ANA

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2023  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.es  
www.planetadelibros.es  
Editado por Editorial Planeta, S.A.

© del texto: Rosario Ana, 2023  
© de la ilustración de cubierta: Manuel Díaz, 2023  
© de las ilustraciones de interior: Federico Combi, 2023  
© Editorial Planeta, S. A., 2023  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: marzo de 2023  
ISBN: 978-84-08-26922-9  
Depósito legal: B. 3.125-2023  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# VIOLET HILL

**E**sta aventura comienza en Violet Hill, un bonito pueblo al sur de Inglaterra donde un gran secreto había permanecido oculto durante cientos de años.

Y allí mismo estaban, aquella mañana, Nika y su familia, que seguían al guía acompañados por otros turistas a través de las viejas calles empedradas.

Hacía frío y el aire olía a la leña quemada de las chimeneas. Nika se subió aún más la cremallera del anorak, respiró profundamente y sonrió. «Huele a Navidad», pensó.

Nada en el ambiente auguraba los extraños acontecimientos que estaban a punto de ocurrir.

Pasar las Navidades allí había sido idea de su madre, a la que le encantaban las casas antiguas. Y Violet Hill estaba llena de ellas.

El guía se detuvo ante una de las casas y explicó algo.

—¿Verdad que es preciosa? —comentó una mujer mayor al ver que Lucy la miraba fijamente.

Lucy era la hermana pequeña de Nika. Tenía cuatro años y una energía difícil de controlar. Lucy seguía observando a la mujer con la boca abierta y sin decir palabra. Entonces, agarró la cámara que llevaba colgada del cuello, apuntó a la mujer y disparó.

«¡Clic!»

La mujer sonrió incómoda.

—¿Todo aquí es viejísimo? —le preguntó Lucy a su padre, que estaba justo al lado.

—¿Eh? —dijo él, sin percatarse de la cara de circunstancias que había puesto la mujer.

Simón, el amigo inseparable de Nika, también había ido de vacaciones con ellos. Sus padres tenían un restaurante y, en Navidades, siempre estaban muy ocupados, así que al final lo habían dejado ir.

Simón había insistido mucho. ¡Cómo se iba a perder un viaje con Nika! Cuando estaba con ella siempre pasaba algo interesante. Su forma de ser era... un tanto especial. Tenía una memoria fuera

de lo común, y le encantaba leer libros de misterio. Eso la convertía en toda una detective.

¿No os lo creéis? Pues a ver qué os parece esto:

Una vez, en verano, los peces del estanque de la plaza del pueblo donde vivían Nika y Simón aparecieron muertos. Nadie sabía qué había pasado. Nadie excepto Nika, claro. Ella enseguida descubrió al culpable al ver las rosas florecientes en el jardín del vecino; quien, además, estornudaba sin parar y llevaba sus gafas pegadas con celo por el medio.

«Trozó, con el golpe se le rompieron las gafas, y parte del fertilizante para plantas se le cayó en el estanque, por eso los peces murieron. Trató de limpiarlo, pero solo consiguió coger un resfriado... Esas aguas están heladas», le había dicho a Simón, que la miraba alucinado.

El guía seguía hablando sobre las casas y el pueblo de Violet Hill, y Nika iba pensando en sus cosas, sin poner mucho interés en las explicaciones hasta que...

—Desde aquí podemos ver el misterioso bosque de Violet Hill. Muchos dicen que está embrujado. Los que han intentado entrar han vuelto contando

espeluznantes historias de voces fantasmagóricas, plantas asesinas y árboles que intentan atraparte... —explicó el guía poniendo voz profunda y gesticulando para darle más emoción al asunto—. Algunos incluso dicen que te vuelves loco con solo...

Una carcajada lo interrumpió.

El guía se puso de puntillas para ver al culpable y la gente del grupo se dio la vuelta.

—¿Quién se ha reído? —preguntó.

—He sido yo —dijo un anciano.

El hombre tenía la barbilla salida y una nariz prominente. Iba muy elegante, con pajarita, un chaleco que asomaba bajo el abrigo largo y un sombrero. No pertenecía al grupo de turistas, parecía alguien del pueblo que pasaba por allí.

—¿Cree que todos los que dicen haber visto cosas extrañas mienten? —le preguntó el guía.

—¿Plantas asesinas y bosques embrujados? ¡Bobadas! Nada de eso existe. Ese bosque ha pertenecido a mi familia desde hace siglos. Un día talaré todos esos árboles y se acabó tanta tontería.

Parecía realmente enfadado.

Una mujer que llevaba un carrito de la compra se paró frente a él.







—¿Ya estamos otra vez con eso, señor Bennett? Nadie se atreve a entrar ahí, ¿a quién va a convencer para talar esos árboles?

El hombre gruñó.

—Por culpa de esas idioteces nadie quiere comprar esos terrenos, ¡ni siquiera puedo vender los árboles para madera! ¡Miles de hectáreas inútiles por culpa de vuestra ignorancia! ¡Si tengo que entrar y talarlos yo mismo, lo haré!

—Señor Bennett, todos sabemos que ha intentado entrar más de una vez y no ha recorrido más que unos metros... —dijo la mujer, intentando hacerle entrar en razón.

El hombre volvió a gruñir y arrugó aún más la cara.

—Alguien está interesado en que mi familia no saque beneficio de la propiedad y ha montado todo este teatrillo. ¡Estoy seguro! —El señor Bennett se estaba poniendo cada vez más rojo de la rabia.

Entonces, la mujer se puso seria, soltó el carrito y se acercó a él mirándolo intensamente. Su cara dulce dejó de serlo y, bajo sus gafas, sus ojos se llenaron de miedo.

—Alfred Bennett, no menosprecies el poder del bosque.... ¿No te acuerdas de la pequeña Emily? Entró y no se volvió a saber nada de ella... ¡Hace siglos que está maldito! ¡La naturaleza se ha rebelado en ese lugar! —exclamó. Entonces se quedó callada y suspiró—: Yo misma, cuando era niña, estuve allí con unos amigos —dijo volviéndose hacia los turistas—. Nos atrevimos a entrar, nos reíamos de lo que nos contaba la gente, pero lo que pasó allí... Nunca lo olvidaré.

Todos la miraban con cara de terror, todos menos Nika, que parecía no inmutarse. Ella no creía en las historias de magia y fantasmas.

—¿Y qué vio? —le preguntó Nika con mucha tranquilidad.

—No vi... ¡Escuché! ¡Gemidos y voces horribles! Seguramente de los espíritus de aquellos que nunca pudieron salir del bosque. —Se oyeron algunos gritos ahogados entre el grupo de turistas—. Aún hoy los tengo metidos en mi cabeza.

—Quizá fue el viento —respondió Nika.

—¡Por fin alguien inteligente! —exclamó el anciano mirando a Nika con curiosidad.

La mujer se volvió hacia Nika sorprendida, luego

dio media vuelta, cogió el carrito y se alejó murmurando:

—¿El viento? Más vale que no te acerques al bosque, niña... —la advirtió volviendo la cabeza y señalándola con el dedo.

El hombre gruñó un poco más y se fue en la otra dirección.

Nika vio entonces que su madre llevaba un rato haciéndole gestos para que se callase.

Se encogió de hombros, se subió las gafas y el grupo siguió su camino.

—Genial, Nika, contigo nunca me aburro —le dijo Simón riendo.

Pero Nika no lo escuchó. Estaba en su mundo...

Simón la miró y se le puso la carne de gallina. Conocía a Nika, solo esperaba que no estuviese pensando lo que se temía.

—Hay que ir al bosque —soltó de pronto.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que ibas a decir eso! ¿Estás loca? ¿No has oído lo que han dicho? —susurró Simón—. Los fantasmas, y los gemidos... y... y... ¡las plantas asesinas!

—Simón, las plantas asesinas no existen, ni tampoco los bosques embrujados. El señor Bennett

tiene razón. Tiene que haber una explicación para todo esto y nosotros vamos a encontrarla.

Simón soltó un suspiro y se tapó la cara con las manos. Era demasiado para él.